



Cuánto cuesta el destino que la patria necesita

En los días iniciales de la contienda, oficiales del Ejército Rebelde se encontraban reunidos con el Comandante en Jefe. El hoy General de División y destacado jefe militar, Raúl Menéndez Tomasevich, rendía un informe sobre la situación de los alzados.

Relata que utilizó indistintamente las palabras insurgentes, alzados, guerrilleros, pero no acababa de encontrar un término adecuado y rotundo para denominarlos. Entonces Fidel le interrumpió y dijo: «no les llames más guerrilleros, esos son bandidos. Los guerrilleros somos nosotros».

CONDADO, 27 DE NOVIEMBRE DE 1961

«AÑO DE LA EDUCACIÓN»

DEL COMPAÑERO OFICIAL DE GUARDIA OPERATIVO
AL COMPAÑERO JUEZ MUNICIPAL CONDADO:

DOY CUENTA A USTED TROPAS SERRANAS AL MANDO TENIENTE MANUEL MONTEAGUDO CONSUEGRA HALLARON CADÁVER DEL BRIGADISTA MANUEL ASCUNCE DOMENECH Y DEL CAMPESINO PEDRO LANTIGUA ORTEGA, ASESINADOS EN FINCA PALMARITO DE LIMONES, LOMA DE SANTA ANA DE ESTA DEMARCACIÓN. SALGO INMEDIATAMENTE A CONSTITUIRME EN EL LUGAR, NECESARIA LA PRESENCIA JUDICIAL CON LOS MÉDICOS FORENSES.

PATRIA O MUERTE
OFICIAL DE GUARDIA OPERATIVO

La larga columna erizada de fusiles atravesaba la serranía. Delante, una escolta en zafarrancho de combate, seguida de un *jeep* donde va el operador de radio; este intercambia lacónicos mensajes con la tropa que persigue a los bandidos a varios kilómetros de distancia. Detrás, otro *jeep* donde, silencioso, relee el telegrama recibido el juez instructor del poblado de Condado.

Avanzaba la mañana del 27 de noviembre. Detrás quedaban leguas de caminos polvorientos. Lo que hoy es la carretera de Condado a Güinía de Miranda, era entonces un trayecto de mulos con despeñaderos y abruptos maniguales. La neblina gruesa, a la altura de las lomas escambredañas, hacía más gris el paisaje.

—¿Quién viene? —preguntó el campesino Pedro Lantigua.

—La milicia de Limones —le respondió habilidosamente Carretero.

Pedro salió confiado; el fusil quedaba colgado sobre la pared del cuarto. En ese instante, el bandido Felucho Lemus y otros —que habían entrado por detrás— se abalanzaron sobre él y lo neutralizaron. Se resistió y lanzó unos piñazos. Le pegaron duro; a empujones lo alejaron de la casa.

Mariana, la mujer, quedó muda en el portal de la casa; todo había sido tan rápido...

Minutos más tarde uno de los bandidos regresaba a la casa y le preguntaba:

—¿Aquí no hay un maestro?

—No, aquí no hay maestro.

—¡Sí, aquí hay un maestro! —Manuel se había adelantado y estaba frente al bandido. Tenía la mirada serena.

—¡Vamos! —exigió Felucho; apuntaba con su ametralladora al pecho de aquel niño.

Mariana se abalanzó sobre él y lo abrazó. Finalmente, el bandido logró separarla del muchacho y se lo llevó al monte.

Teniente Manuel Monteagudo Consuegra

«La noche del 26 de noviembre me disponía a dormir cuando, calculo serían cerca de las once, me avisan de la posta que la mujer de Lantigua quería verme porque los bandidos se habían llevado a su esposo y al alfabetizador. Desde ese mismo momento, y por conocer bien al campesino —práctico de nuestra tropa, revolucionario, y dispuesto a todo, sabía que mi próxima misión sería encontrar los cadáveres, primero; y luego, seguir tras la pista de aquellos asesinos.

»De inmediato preparé la compañía; y el político y yo fuimos hasta el campamento del capitán Oriente para que nos prestara el *jeep* en que nos trasladaríamos hasta Algarrobo, donde radicaba la Comandancia.

»La tropa de Oriente nos recibió atrincherada, como las codornices, aplastadas contra la tierra. Eran hombres procedentes del Ejército Rebelde, que trabajaban

en la construcción del terraplén de Condado a Güinía de Miranda...

»No esperé a que amaneciera, salí oscuro todavía con mi pelotón de reconocimiento. Mariana, la mujer de Lantigua, me había dicho que los bandidos cogieron por el portón para arriba, y hacia allí dirigimos nuestros pasos, hasta que nos adentramos en el monte, muy cerca todavía de la vivienda.

»Nada más había avanzado unos seiscientos metros o algo más, cuando un miliciano me dice: “mire, Teniente, allá arriba hay dos hombres parados en atención”. “No, muchacho —le respondo— son dos ahorcados”.

»Los habían colocado uno al lado del otro, con la misma sogá, un mecate de esos que se les ponen de guía a los bueyes, los pies casi pegados a la tierra.

»Mandé inmediatamente a un mensajero para que buscaran al juez, y encontramos unas latas de sardinas abiertas, pero más nada. Seguimos las huellas de los bandidos hasta el sumidero del río, todo el día, sin tregua, por dentro del agua, pero nada; ¡como si se los hubiera tragado la tierra!»

Rubén Darío Zayas Montalván, juez instructor.

«Cuando llegamos al árbol, miré a Manuel: pelo negro, algo caído hacia la frente; los labios ennegrecidos, la lengua con un intenso color violáceo, con coágulos en sus bordes. Me llama la atención que no estuvieran sus globos oculares fuera de las órbitas, como sucede siempre en los ahorcados; ello me convenció

de que lo habían colgado casi muerto. Tenía también un profundo surco en el cuello, fractura del cartílago laríngeo, perceptible a la palpación del forense.

»Examinados sus órganos genitales, se observan contusiones, indicativos de haber sido sometidos a compresión y distorsión. Catorce heridas punzantes de distintos grados de profundidad.

»A su lado estaba Pedro Lantigua: cabellos castaños, algo rojizos; hombre fuerte, el rostro cubierto de manchas, todo rígido, muestras visibles de haber luchado contra sus asesinos y señales de haberlo arrasado muchos hombres, golpes, un surco equitómico en el cuello.

»Ya en la casa visten a Manuel; lo colocan sobre una cama pobremente cubierta con sacos: era la habitación donde dormía Lantigua con su esposa. Me acerco otra vez; escruto el rostro de Manuel; el celo profesional me hace olvidar que unos momentos antes estuve a punto de desmayarme ante el triste espectáculo; era la primera vez en mi carrera judicial que eso me sucedía. Entre dos milicianos y el empleado de la funeraria lo colocan en el ataúd.

»Con el rostro limpio de las manchas de sangre; el cabello peinado, vestido de completo uniforme, parecía dormido; su semblante reflejaba toda la lozanía de sus diecisiete años.

»En otra habitación, otras manos fraternales con cariño hacían lo mismo con el cadáver de Lantigua.

»Me detengo, falta algo: el farol de Ascunce. “Aquí, lo tengo”, responden desde la puerta. “Está bajo mi custodia judicial —le digo— hasta tanto mis superiores

dispongan su destino —y añadido—, posiblemente sea junto a las más altas reliquias de la Patria”».

Cae la noche. El cortejo fúnebre se ha puesto en camino. Cuatro milicianos llevan el ataúd que encabeza la marcha: es el de Lantigua. Detrás, los brigadistas cargan el de Ascunce.

Se turnan con los campesinos de los alrededores que han acudido. Un niño, descalzo, sostiene el farol de Ascunce, con él ilumina la noche.